

El Encanto

SUSANA
LÓPEZ RUBIO

Índice

Portada

Dedicatoria

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

SEGUNDA PARTE

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

TERCERA PARTE

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A mi abuelo, por prestarme su
nombre para el protagonista. Y pa-
ra Alberto, siempre.*

PRIMERA PARTE

1

1947

Patricio

Lo primero que descubrí al pisar el muelle de La Habana fue que no iba bien vestido para el clima cubano. Ninguno de los que bajamos del barco llevábamos la ropa adecuada. Mis pantalones y mi chaqueta de lana me picaban en la piel y la gorra que tantas veces me había protegido de la nieve en Asturias ahora amenazaba con cocerme la cabeza bajo el sol del trópico. A diferencia de los cubanos, ellos con sus trajes de lino y ellas con sus vestidos estampados, nosotros parecíamos un rebaño de ovejas sudadas. Miré con envidia al empleado de la aduana. Su camisa blanca de manga corta era la viva imagen de la comodidad. Mientras esperábamos con nuestra documentación en la mano, una secretaria mulata, que lucía sus piernas sin medias y un vestido con los hombros al descubierto, provocó silbidos de admiración de todos los hombres de la fila. Una hazaña considerable, si tenemos en cuenta que estábamos agotados y hambrientos tras más de cuarenta días hacinados en camarotes diminutos, con platos de gachas como única comida día sí y día también.

—¡Como no paren con los silbiditos, les voy a meter tremendo piano a todos ustedes!

A mi lado, un señor gallego puso voz a mis pensamientos.

—¡Ay, carallo! Aquí las mujeres tienen más genio que Dios talento.

El empleado de la aduana me hizo un gesto para que me aproximara.

—¿Nombre?

—Patricio.

—¿Apellidos?

—Rubio Gamella.

—¿Edad?

—Diecinueve.

—¿Español?

—Sí.

—¿Motivo de su viaje?

Estuve tentado de contarle la verdad: «Verá usted, el motivo es que en España hay tanta miseria que tenemos que mojar el pan en los charcos, que en mi pueblo ya no quedan gatos porque nos hemos comido todas las ratas, que a mi madre la mataron los republicanos por esconder en su casa a una prima que era monja y que a mi padre lo mataron los nacionales por negarse a hincar la rodilla ante un retrato del Caudillo y ya no me queda más familia, que no quiero pasarme el resto de mi vida deslomado en la mina, devorado por los piojos, y he vendido el anillo de boda de mi abuela, que en paz descanse, para poder comprar un pasaje de tercera en un barco y empezar de cero, con lo puesto, en el otro lado del mundo. El motivo es que quiero sobrevivir».

Sí, eso es lo que debería haber dicho. Pero en el barco muchos contaban que Cuba estaba empezando a enviar emigrantes españoles de vuelta y que no debíamos darles motivos para que nos deportaran.

—¿Motivo de su viaje? —repitió el empleado impacientándose.

Me tragué mis miserias y, con una gran sonrisa, contesté lo mismo que el resto de los pasajeros del barco.

—Vacaciones. Estoy de vacaciones.

Salí de la aduana y miré a mi alrededor. El paseo marítimo se extendía ante mí, cargado de gente, automóviles,

bullicio y vida. Recortado sobre un cielo azul brillante, el faro del castillo del Morro parecía velar por la ciudad y sus habitantes.

Sufrí un mareo por culpa del calor y tuve que sentarme. El viaje había sido tan tortuoso y mis posibilidades de llegar hasta Cuba tan remotas que ni me había parado a pensar qué iba a hacer una vez en La Habana. Lo cierto es que no lo tenía fácil. Mis pertenencias se reducían a cinco cosas: un traje de lana, una gorra, unos zapatos, una fotografía de mis padres y una lata de sardinas en escabeche que un matrimonio portugués me había regalado en el barco.

Pero también contaba con otras cinco bazas. La primera: mi desparpajo. Desde niño, no he conocido la vergüenza y mi lema siempre ha sido pedir perdón antes que pedir permiso. La segunda: mis ojos azules, heredados de mi madre y acompañados de la buena planta de mi padre. La tercera: imaginación. La misma imaginación que, en lugar de ayudarme a memorizar la lista de los reyes godos, me sirvió para inventarme excusas y hacer novillos en la escuela. La cuarta: mi juventud. Diecinueve años recién cumplidos que anulaban mis miedos y me convertían en un cachorro ávido de aventuras. Y, por último, la quinta y más importante: el hambre. Hambre de vida, de futuro, de colores, hambre acumulada ya no de meses, sino de años. Dicen que la fe mueve montañas, pero el hambre no se queda atrás. El hambre había hecho que un chico de un pequeño pueblo asturiano atravesara un océano hasta la Perla de las Antillas.

Ya más recuperado, me levanté y eché a andar. Mis primeras horas de expatriado las dediqué a eso nada más, a caminar con los ojos desorbitados por las maravillas que tenía ante mí. El paseo del Prado, la plaza de la Catedral, el Malecón... la ciudad era un hervidero de familias con niños, turistas, sacamuelas, limpiabotas, vendedores ambulantes de fotos eróticas y hasta pitonisas que tiraban conchas de caracoles para adivinar la buena fortuna.

Pero la ciudad no sólo era un regalo para la vista, también lo era para los oídos. En La Habana, la música invadía cada rincón. Salía de las puertas de las bodegas, de los

transistores que reposaban en las cornisas de las ventanas abiertas de las casas y de las trompetas de los músicos callejeros y las bandas de música que utilizaban las calles y las plazas como escenarios.

Al llegar al barrio chino, en la esquina de Zanja y Galiano, me quedé tan embobado mirando un cartel del Tropicana —con sus bailarinas y sus tocados de plumas de pavo real— que no reparé en el tranvía que venía a toda velocidad hacia mí.

—¡Aparta de ahí, comemierda! —gritó el conductor.

Aunque el tranvía frenó justo antes de atropellarme, no pude evitar caer de culo. Un hombre trajeado se detuvo a auxiliarme.

—¿Está usted bien?

Asentí. Mi dignidad estaba más dolorida que mis posaderas por culpa de mi ridícula caída.

—¿Pero no ve que el caballero estaba babeando con las lindas piernas de las bailarinas y usted por poco lo manda derecho al cementerio de Colón? —recreminó el hombre al conductor—. No jodas, viejo.

Era un hecho; los cubanos eran capaces de hablar con el mayor refinamiento y, a la vez, maldecir como bestias pardas.

—Lo lamento de verdad, compadre —se disculpó el conductor—. La próxima vez tenga un poquitico más de cuidado y no pasa ná.

Mi periplo terminó en la playa. Sentado en la arena, devoré la lata de sardinas escabechadas mientras el agua del mar acariciaba mis pies cansados. El sol era una canica carmesí rodeada de un naranja intenso, salpicado de gaviotas como puntos negros en el horizonte. Antes de que se pusiera el sol, me quedé dormido allí mismo.

Al día siguiente me despertaron los berridos de un vendedor ambulante.

—¡Durofrío de coco, limón y piña, señor! ¡Al rico granizado, señora!

Abrí los ojos, desorientado, y descubrí que estaba rodeado de familias de bañistas, que disfrutaban de una jornada

de playa mientras me miraban con pena y extrañeza. Una niña morena dejó de jugar con su pelota y se acercó a mí.

—Hola. ¿Eres un náufrago?

No supe qué contestarle. Simplemente sonreí, feliz de saber que en La Habana mi vida, como la de un náufrago llevado por las olas a una playa, acababa de empezar de nuevo.

2

T ras abandonar la playa, me lavé la cara en una fuente y caminé hasta el barrio de San Isidro. Hacía semanas, el dueño de la lechería de mi pueblo me había contado que un amigo suyo, que tenía otro amigo, que a su vez tenía un primo en La Habana, le había dicho que los asturianos recién llegados solían reunirse en El Popular, un bar en la calle Porvenir regentado por una viuda de Avilés. Sospeché que tenía pocas posibilidades de encontrarlo: puede que el bar hubiese cerrado, o que estuviera en otra calle; o que el dueño de la lechería, o su amigo, o el amigo de su amigo, o el primo del amigo de su amigo estuvieran mintiendo. Pero, contra todo pronóstico, me resultó muy fácil descubrir el establecimiento. Un pequeño local de aspecto desangelado.

El interior confirmó mi mala impresión. Media docena de mesas y sillas desportilladas presididas por una barra sucia. Aquello era un cuchitril en toda regla, pero las botellas de sidra en las estanterías me hicieron sonreír.

La dueña, de unos cincuenta y muchos años, con las mejillas flácidas y el pelo recogido en un moño gris, me miró con el ceño fruncido.

—Bonos días —saludé en bable, para intentar ganarme su simpatía—. *Qué bona mañana fai.*

Pero la mujer sólo necesitó un vistazo para adivinar mi situación y bufó con enfado.

—*Va ser desgraciáu!* No me lo digas —refunfuñó, secándose las manos en un paño—. ¿Recién llegado? Del barco de Lisboa de ayer, seguro. Pues ya puedes largarte, que esto no es el Socorro Rojo.

Supuse que debía de estar harta de gente muerta de hambre en busca de ayuda. Para que no me echara, intenté hacerla reír.

—No —contesté.

La mujer levantó las cejas sorprendida.

—¿No?

—He venido en avión —dije, con mi expresión más seria—, en primera clase. Pero tienes que guardarme el secreto —susurré.

Era obvio que no se había creído ni una palabra, pero mi descaro le intrigaba y decidió seguir la broma.

—¿Y qué secreto es ese, vamos a ver?

—Que soy un marqués.

La mujer miró mi ropa manchada de arena por haber dormido en la playa y se atragantó con su propia saliva al echarse a reír.

—¡El marqués de Chorrapelada, *non te xinga!* —exclamó con guasa.

Su risa me pareció una buena señal y me envalentoné.

—El marqués de Miradoiro.

—No me suena de ná.

—Son unas tierras preciosas en el valle del Naredo. Me llamo Patricio, encantado.

—¿Y qué haces aquí vestido como un pelagatos, Patricio?

—He venido en secreto por una mujer —improvisé—, una mujer que es el amor de mi vida, pero sus padres no quieren que se case conmigo.

—¿Y eso? ¿No se supone que eres un marqués?

—Sí, pero mi título es muy poca cosa para ella. Es la princesa de Nueva Celemina.

—¿Y eso dónde está?

—Buf. Lejos. Lejísimos.

La mujer volvió a reírse.

—¿Te puedo preguntar cómo te llamas? —quise saber con mi mejor sonrisa.

—Constantina... Tina —corrigió al momento.

Me pareció una buena señal que me ofreciera su diminutivo.

—Tina, tienes que guardarme el secreto. Con mi disfraz de mendigo he despistado a los guardias que custodian a la princesa. Ahora tengo que convencerla para que huya conmigo. Pero hasta entonces nadie debe saber que no soy pobre.

—Tranquilo, que das el pego.

—También necesito otro favor.

—A ver.

—Un plato de comida.

—¿No me digas? —comentó con más sorna que enfado.

—Comprenderás que, como me estoy haciendo pasar por pobre, ahora no llevo dinero encima. Pero yo te prometo por mi marquesado que volveré y saldaré mi deuda con creces.

Tina suspiró con desdén. Eso no le impidió echar mano de un buen trozo de tortilla recién hecha y plantármelo en las narices, para alegría de mi estómago. Enseguida comencé a salivar.

—Anda, anda... Come antes de que me arrepienta.

Devoré la tortilla y, entre bocado y bocado, aproveché para preguntar más cosas.

—¿No sabrás de algún sitio donde pueda quedarme a dormir?

—Aparte del hotel Nacional, claro.

—Claro. Ya sabes que tengo que hacerme pasar por pobre.

Tina se recolocó una horquilla del moño y señaló a un chico joven sentado en una mesa del fondo del bar.

—Habla con el Grescas. Pero a él no le vengas con historias de marqueses si no quieres que te parta los hocicos.

Me pareció un buen consejo, dado su mote, así que decidí ir con la verdad por delante.

—Bonos días.